

## Ramón Díaz Sánchez, escritor venezolano

CREO que constituye una peligrosa osadía escribir sobre un escritor sin conocer la literatura del país de ese escritor. Un escritor vale o no vale según se le compare con los demás, según se destaque de sus compañeros o según muestre una menor estatura en relación con los otros. Puede ocurrir que los valores que se ponen de relieve en el escritor de quien se habla, sean valores comunes en la literatura de ese país, como puede ocurrir que los defectos que se señalen sean virtudes dentro de esa literatura, aunque no lo sean dentro de otra. Con todo ello el que habla o el que escribe cometerá un pecado de lesa ignorancia. Los valores o los defectos de una literatura no tienen por qué ser los defectos o los valores de otra.

Digo esto porque me sucedió que al escribir sobre un novelista y cuentista cubano y poner de relieve algunas de las características que distinguían su estilo, una de las cuales es su afán de usar palabras arcaicas o voces imposibles de encontrar en los diccionarios de la lengua, me pregunté: ¿de dónde sale este escritor?, ¿por qué escribe así? La respuesta me vino sola al leer algunos artículos sobre la prosa de José Martí, una de cuyas características es precisamente ésa: la de usar palabras arcaicas o inventar voces nuevas basadas en alguna raíz castiza. Es decir, yo ignoraba lo que no debía haber ignorado: que existía en Cuba un escritor que los escritores cubanos no pueden ignorar y al cual, aunque no quieran, tienen que deberle algo. Y ese escritor era nada menos que José Martí, uno de los mejores prosadores de hispanoamérica.

Sin embargo, y a despecho de todo esto, podemos decir que un escritor no sólo vale en relación con la literatura de su país, sino también puede valer en relación con la de un continente, sobre todo tratándose, como en este caso, de un continente que, excepción hecha de Brasil, tiene una lengua común. Si no conocemos al dedillo la literatura de cada uno de los países que componen este continente, no desconocemos en cambio algunos de los libros

principales de cada país, y conociéndolos conocemos, aunque sólo sea en parte, los valores o los defectos de cada uno de ellos y, basándonos en eso, podemos valorizar las virtudes y los defectos del escritor que nos ocupa, en relación, claro está, con los valores y los defectos generales.

Este es el caso. Ramón Díaz Sánchez es un escritor que puede mirarse desde un punto de vista más amplio, un punto de vista que excede de los límites de su país, o sea, vale en cualquier parte.

En los últimos días del mes de enero de 1952 llegué inopinadamente a Caracas. Mi destino era Panamá, pero el avión en que viajaba se opuso a ello y hube de visitar la ciudad de los cuatro riachuelos. No conocía allí sino a Mariano Picón Salas, que estaba ausente, viajando por el interior de la República; pero había enviado libros míos a varias personas, entre ellas a Ramón Díaz Sánchez, y me creí con el derecho de telefonearle y de decirle que me gustaría conocerlo. No había leído ningún libro de él, a pesar de que él me había enviado uno, pero tenía referencias sobre su personalidad literaria y humana. En La Habana, el escritor Enrique Labrador Ruiz me había hablado con gran entusiasmo de la novela *Cumboto*, diciéndome que si pasaba por Caracas no dejara de conocer a este hombre.

Contestó a mi llamado diciendo que tendría mucho gusto en conocerme y que lo esperara en el hotel alrededor de las ocho y media de la tarde. A esa hora, mientras me hallaba sentado en el salón del hotel, vi aparecer un hombre de regular estatura, moreno, corpulento y de aire reposado. Venía acompañado de su mujer y permaneció conmigo durante un cuarto de hora, hablando de diversos asuntos. Se retiró y no le volví a ver más; al día siguiente, temprano, abandoné Caracas.

Su aspecto me impresionó bien, sobre todo su aire reposado y su apariencia de modestia y su continencia verbal. Hablamos brevemente de política y al contestar una pregunta que le hiciera dejó ver que no tenía grandes ilusiones sobre la política y

los políticos, lo que me impresionó agradablemente. Después de aquella tarde hemos cambiado algunas cartas.

He dicho antes que Ramón Díaz Sánchez me había enviado uno de sus libros. En efecto, había recibido *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, pero el libro, además de aquel título poco atrayente, constaba de más de seiscientas páginas, cosa que me detuvo. Lo hojeé, pero en sus páginas, fuera del nombre de Bolívar, no encontré a nadie conocido y el propio personaje del libro, Antonio Leocadio Guzmán, me era tan desconocido como los demás. Dejé el libro para tiempos más libres. Ese tiempo llegó al regresar a Chile. El primer libro que tomé para leer fué *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*. Aquel hombre moreno, de aire bondadoso, de cabello ondeado, en el cual se veía ya aparecer un poco de ceniza, aquel hombre reposado, modesto, que no habló de sus libros ni de sus proyectos de libros, de sus éxitos o de sus rivalidades con los escritores de su país, no podía ser lo que yo podía temer. Leí el libro de un tirón y apenas lo hube terminado le escribí pidiéndole que me enviara sus demás libros, solicitud que acogió con amabilidad. Pude leer así toda su obra, por lo menos la mayor y de seguro mejor parte de ella. Poco después cayó en mis manos una pequeña biografía suya, escrita por Oscar Sambrano Urdaneta.

Con todo esto he podido pergeñar unas pocas palabras sobre Ramón Díaz Sánchez, escritor venezolano.

Ramón Díaz Sánchez nació en Puerto Cabello, sobre el Caribe, el 14 de agosto de 1903. De familia pobre, conoció, como casi todos los escritores hispanoamericanos, la pobreza y la necesidad de ganarse la vida en trabajos pasajeros e ingratos. Durante su adolescencia, transcurrida en Puerto Cabello, desempeñó por algún tiempo, en una fábrica de tabacos, el trabajo de colocar anillos de papel a los puros que salían de manos de los cigarreros, trabajo simple y mecánico que cambió después por otro que tampoco exigía mucha imaginación: el de oficinista en una empresa que se dedicaba a la congelación de carnes. De allí, atraído por las letras, entró a trabajar como redactor, corrector de pruebas y ayudante de administración en el periódico titulado *Boletín de Noticias*. Su próximo empleo lo desempeñó en el periódico *El Estandarte*, en donde entró como redactor, firmando sus artículos.

Aquella ocupación fué, sin duda, la más

agradable de las que realizó en los días de su adolescencia, pues en ella, firmando los artículos, llegó a tener la sensación de que se acercaba a lo que soñaba ser: un escritor. Había ya borroneado algunas cuartillas, pero esas cuartillas no alcanzaron a ver la luz pública. En una entrevista que se le hizo para un diario de Caracas, declaró:

“Recuerdo que muchas veces se me llenaba el pecho de precoz vanidad y paseándome por la plaza de mi barrio, solo con mis sueños, me dirigía mentalmente a los demás paseantes: ‘Mírenme bien: soy un escritor.’ Muchos años han transcurrido desde entonces y aún siento a veces, aunque sin vanidad, la misma pueril emoción. Sólo que ahora esta emoción desemboca invariablemente en una pregunta: ‘¿Lo soy?’”

En Puerto Cabello empezó sus lecturas literarias, que no difieren de las que hicimos los escritores hispanoamericanos que tenemos más o menos su edad. Pero Puerto Cabello, la nativa ciudad de Díaz Sánchez, lo vió partir un día hacia el estado de Zulia, atraído por el esplendor del petróleo, un esplendor que para algunos significó dinero, únicamente trabajo para muchos y para otros, los menos, como nuestro escritor, sólo el fenómeno que constituyó el hecho social y humano surgido del desarrollo de los yacimientos petrolíferos. Allí, a la edad de veintiún años, Ramón Díaz Sánchez hubo de trabajar, como tantos otros venezolanos, en las faenas que se le ofrecían, tal vez como obrero, quizá como empleado. Pero tenía ya la vocación de las letras y buscó una ubicación más de acuerdo con sus ambiciones y condiciones. La halló en el periódico *La Información*, dirigido por el venezolano Juan Bessón, quien fué, según reconoce nuestro escritor, el hombre que por aquellos días le sirvió de maestro en el arte de escribir, maestro que, al parecer, fué bastante bueno, por lo menos si se le juzga por los resultados que alcanzó el discípulo. Trabajó después en el periódico *Excelsior* y, alternando con sus trabajos, se dedicó ya de lleno a la literatura.

En Maracaibo publicó un ensayo sobre el hombre negro, ensayo que con el título de *Cam* fué publicado por la editorial *El País*. En aquella ciudad Díaz Sánchez fundó, con otros jóvenes escritores, un grupo literario que fué bautizado con un nombre modesto: Seremos; pero el grupo, que de seguro no era puramente literario, duró poco: en 1928 todos sus componentes, con nuestro novelista entre ellos, fué a dar a la

cárcel, inculpados de criticar en público la deficiente gestión oficial en relación con el analfabetismo del país. El grupo Seremos permaneció dos años en la cárcel.

A la salida de la prisión, Díaz Sánchez resolvió aceptar un empleo en una de las compañías petrolíferas, pero después de un tiempo decidió cambiar de ambiente y de actividad y aceptó el cargo de juez municipal en la ciudad de Cabimas, puesto que desempeñó hasta la muerte de Juan Vicente Gómez. Su residencia en Cabimas, situada en el corazón de la zona petrolífera, le sirvió para observar detenidamente aquel mundo de dólares y aceite, región que tenía el poder de atraer con gran fuerza a los hombres del campo venezolano, que dejaban su arado y su conuco para cambiarlo por el perforador y la gabarra, viviendo en campamentos improvisados, en los cuales la sensualidad y el licor enloquecían al pobre hombre que había soñado con una riqueza que jamás verían sus ojos.

De esa residencia en la región petrolífera debía salir después una novela, *Mene*, con la que Ramón Díaz Sánchez hizo sus primeras y verdaderas armas literarias y en la cual describe la vida de aquella región y de sus hombres. De Cabimas, en 1936, el escritor se traslada a Caracas, ciudad en la que vive hasta 1952, trasladándose luego a Europa. En Caracas ha escrito todas las obras que señalo a continuación:

*Mene*, novela, publicada en 1936; *Tran-sición*, ensayo sobre Política, 1937; *Ambito y acento*, ensayo sociológico, 1938; *Historia de una historia*, ensayo, 1941; *Caminos del amanecer*, cuentos, 1942; *La Virgen no tiene cara*, cuentos, 1946; *Dos rostros de Venezuela*, ensayos históricos, 1949; *Cumboto*, novela, 1950; *Guzmán, elipse de una ambición de poder*, ensayo histórico, 1950. Este libro obtiene el premio nacional de literatura.

Si observamos la lista de sus obras, veremos que este hombre se deja tentar por dos géneros literarios diferentes: la historia y la creación artística. En el primero se destaca con el libro sobre los Guzmán; y en el segundo con *Cumboto*. Ambos pueden considerarse como sus libros principales.

Al leerlos no pude menos que pensar o recordar que en Chile usamos el adjetivo tropical cuando queremos referirnos a ciertos estilos literarios o a ciertas actitudes, como ser, una actitud verbal o una actitud mental al pensar, hablar o escribir sobre algo; pero, cosa curiosa, este adjetivo ha-

tenido la suerte que ha corrido el de judío: tiene para nosotros casi exclusivamente una identidad geográfica, tal como el de judío tiene casi exclusivamente una identidad racial, o sea, creemos que lo tropical debe producirse exclusivamente en los trópicos y que lo judío, es decir, lo avaro, lo miserable, debe encarnarse siempre en un individuo de raza semita. Por supuesto, todo ello es un error. Entre nosotros, y no necesitamos para ello ir muy lejos en la literatura y en otras actividades, como la política, por ejemplo, el tropicalismo se produce con una continuidad y un vigor que nada tiene que envidiar a ningún otro tropicalismo, sea originario de los trópicos o de zonas templadas o frías. En buenas cuentas, el tropicalismo es un mero adjetivo sin referencia geográfica alguna; se produce en todas partes y a veces con más fuerza en zonas no tropicales.

Aquel que abra un libro de Ramón Díaz Sánchez, con el temor de encontrarse con la terrible ramazón de la tropicalidad, sufrirá un profundo y agradable desengaño; más aún, en sus libros, sobre todo en *Cumboto*, que es, como ya se ha dicho, una novela, no encuentra el lector lo que suele encontrar en muchos de los escritores venezolanos o hispanoamericanos contemporáneos o anteriores a este escritor: el afán de descripción del paisaje y de la naturaleza, que llena desde hace ya muchos años millares de páginas de la literatura novelística continental.

Pues *Cumboto* tiene una intención y una realización renovadora en muchos sentidos, siendo una de las más importantes la que acabamos de señalar: el apartarse del valor paisaje, tan caro al criollismo, y adentrarse en el estudio del hombre. En una declaración hecha por Ramón Díaz Sánchez respecto de esta novela, podemos leer lo siguiente:

"Sin pretensiones de ninguna especie, he tratado de realizar en esta novela una tentativa de renovación del género novelesco venezolano. Superado ya el primitivo criollismo de *Peonia* y otras novelas por el estilo, y asimismo, la etapa más evolucionada del nativismo en la que descollaron Urbaneta Achelphol y Rómulo Gallegos, ciertas manifestaciones evidentes de la vida de Venezuela me han hecho creer que ya es hora de cultivar en nuestro país la novela de otro tipo, dando preferencia en ella al hombre sobre el paisaje, o lo que es lo mismo, el aspecto psicológico sobre lo pictórico y descriptivo."

No quiere esto decir que el escritor abandone por completo el paisaje, lo ignore, por decirlo así, sino que el paisaje, la naturaleza, cobran una vida distinta, una vida más en relación con el hombre. En *Cumbooto* se siente la presencia de la naturaleza, descrita en grandes pinceladas, y se la siente más que se la ve, al revés de otros libros, en que se la ve más que se la siente. El personaje sin paisaje no deja de ser común en cierta literatura americana y aun europea, ese personaje de ninguna parte, no identificable y a quien nadie puede reclamar ni nadie defender, pero ¿qué decir de una naturaleza sin personaje? Se nos presenta llena de calor o de frío, de humedad o de sequedad, pero inhumana; es como un animal desconocido tendido en una pradera; imposible hablar con él, imposible entenderlo o recibir alguna correspondencia o influencia, por lo menos en lo que a lo humano y literario se refiere, y si alguien quiere hacernos creer que la naturaleza tiene un alma propia, transmisible al hombre, no podremos creerle si no nos demuestra de algún modo que esa naturaleza transmite al hombre sentimientos o pensamientos, estados de ánimo o incitaciones de esta índole o de esta otra. Para ello el escritor debe valerse de otros medios más difíciles que la mera descripción; debe dar al personaje el sentimiento y el pensamiento de esa naturaleza. De otro modo el personaje parece vagar en medio de un jardín botánico o entre las páginas de un catálogo de hierbas, arbustos, árboles y flores, ríos o montañas, sin tener nada que ver con todo ello.

Esta intención renovadora de Ramón Díaz Sánchez en la novela de que hablamos va seguida de otra, también importante. Me refiero a la índole de su prosa. Estamos acostumbrados, aunque no resignados, a una prosa saturada de elementos poéticos formales, a una prosa que pretende solucionar todo por medio de un solo elemento y que a veces usa ese elemento más como un fin que como un medio. Me refiero a las metáforas. Algunos escritores, prosistas, claro está, creen que es un elemento indispensable en la prosa, más todavía, estiman que una prosa sin metáforas no es una prosa. Por otra parte, la estiman no como debe estimársela, como un medio de precisión que se debe usar cuando es necesario hacerlo, sino como algo sin cuyo concurso la prosa no es tal. "A esa prosa o a ese libro le falta poesía", dicen, es decir, le faltan metáforas y entonces no es tal prosa ni tal libro. Parece, leyendo

algunos libros de esos escritores, que el autor escribe con el único fin de demostrar que él puede, como cualquier otro hijo de vecino, fabricar metáforas, muchas, todas las que sean necesarias y otras pocas más. Por él no ha de quedar, y ocurre entonces que apasionados por ese afán olvidan otros elementos del cuento o de la novela, que requieren, como géneros literarios, otros, más difíciles, sí, pero más eficientes.

Hay libros de cuentos o novelas, chilenos y de otras nacionalidades hispanoamericanas, en que ese afán llega casi a lo enfermizo. Y no sería lo peor que contuviesen muchas metáforas; lo peor es que la mayoría son de mal gusto o tan usadas ya por los poetas y prosistas, tan manoseadas, que podría hacerse un catálogo de ellas: imágenes para la noche, para el día, para las flores, para los pájaros, para la luna, para el desierto, para la selva, para las mujeres bonitas, para las mujeres feas, para todo. Ese catálogo podría ofrecerse en venta, tal como los catálogos de mariposas o de flores, y tendría de seguro una gran demanda.

Si la metáfora es buena, si es original, si, sobre todo, es adecuada, resultará de gran utilidad para la prosa, pero debe usarse sólo en ciertas condiciones, por ejemplo, cuando ayuda a representar algo que no se puede representar sino de esa manera o que exige ser representado así. Si se usa por sistema, mejor dicho, si se agarra el rábano por las hojas, ocurre que el escritor, ensimismado en la caza de metáforas, pierde de vista otros intereses más importantes, el interés plástico, psicológico o técnico, intereses a los cuales, en ciertas ocasiones, el escritor hurta el cuerpo por medio de una metáfora. La metáfora es nada más que un recurso, no es un fin y ni siquiera es un buen medio para transmitir sensaciones, pensamientos o sugerencias de esta índole o de esta otra. Para ello el escritor debe recurrir a otros medios. Todo el mundo puede hacer metáforas, pero no todo el mundo puede ser buen escritor. Son necesarias otras condiciones y esas condiciones poseen otros medios.

En el *Diario* del escritor Charles du Boss hemos podido leer las siguientes palabras:

"Recuerdo que un atardecer, releendo a Keats, me decía con gran humildad y con apasionada admiración: nada vale tanto como el don de la metáfora, como la facultad de pensar mediante metáforas. Hoy, me parece, sufro por causa de esa frase imprudente. Sí, la metáfora es la carne misma del verbo de un gran poeta, pero en la

obra de un prosista es el pensamiento el que debe sostener la tela; los objetos que en ella se representan son los múltiples aspectos de ese mismo pensamiento, y el papel de la metáfora se limita aquí a establecer una exacta jerarquía entre los objetos mediante la sabia repartición de la luz. Sin duda, el prosista es tanto más grande cuanto más se confunde la luz con el objeto mismo. Su ideal debe consistir en escribir de la misma manera que pinta Vermeer. En un cuadro de Vermeer la luz no es la sustancia del cuadro, pero no hay fragmento del lienzo sobre el cual no influya. ¿No decía Sainte Beuve de Montesquieu: 'En Montesquieu, a veces, la expresión se dora en el ápice'? Pero a veces, y en su ápice."

No quiere esto decir que Ramón Díaz Sánchez haya desterrado por completo las metáforas, no; las usa, pero cuando lo hace vemos cómo se esfuerza en que sea lo más representativa, lo más original y bella posible. Cada dos o tres páginas, y a veces con más intervalo, aparece una, y esa una resplandece con una luz que ilumina no sólo el párrafo en que está incrustada sino también los que le siguen y los que le anteceden. En la página 65 de *Cumboto*, en el primer párrafo del capítulo que allí se inicia, leemos:

"Inesperadamente, un mediodía se presentó doña Beatriz en el comedor, ataviada como para una fiesta. Con su crinolina celeste y un chal de gasa sobre los hombros, semejaba una gran campánula que el viento del norte empujara sobre las pulidas baldosas."

Un escritor menos atento habría escrito que el viento la empujaba sobre las baldosas. Nuestro autor puso "el viento del norte", con lo cual le dió más propiedad y realidad a la metáfora. Veamos otra, que no hay muchas y son gratis: "El trabajo de los hombres consistía en tumbar los cocos secos trepándose a las palmeras. Con los cocos llenaban grandes y pesadas carretas que soñolientos bueyes arrastraban por los caminos. La carreta de bueyes es una queja de la tierra dormida y el boyero tiene que perforar la piel de las bestias con su garrocha para que la copla no se le muera mientras camina. Los bueyes me inspiraron siempre una infinita ternura. Me recuerdan esos ancianos que se acercan a las puertas de las casas de campo a pedir un poquito de agua para apagar la sed."

Como en el caso de Montesquieu, la expresión se dora en el ápice.

Otra característica de estilo digna de apuntarse es que, en *Cumboto*, Díaz Sánchez no reproduce el lenguaje popular tal como se hace en los libros de la llamada tendencia criollista, con los sonidos con que se suele escuchar ese lenguaje. Esta costumbre, que hace casi ilegibles muchos libros de cuentos o novelas cuando no se es connacional del autor, sólo la observa al hacer hablar a los negros, pero el lenguaje de los negros es idéntico en cualquiera de los países de hispanoamérica y su transcripción fonética no impide la comprensión del texto.

*Cumboto* tiene, sin duda alguna, otros valores, pero estos otros valores son de aquellos que dicen relación con ciertos aspectos sociales o mentales del pueblo venezolano, que nosotros desconocemos y que escapan a nuestro esfuerzo. En la biografía que he citado, Sambrano Urdaneta asegura que *Cumboto* quiere demostrar que existe o puede existir en Venezuela un mestizaje no sólo material sino también mental y espiritual. El libro se basa en la amistad de un joven negro, que es quien escribe, y un joven blanco, su patrón o hijo del patrón. En cierto momento, Federico, el blanco, dice a Natividad, el negro:

"Natividad, estoy solo y desorientado. No sé si debo quedarme o marcharme. Tú eres para mí algo más que un amigo: juntos nacimos y juntos nos levantamos aquí, en Cumboto. Si pudiera pensarse en un espíritu de hombre formado por dos naturalezas distintas, yo diría que tú y yo formamos ese espíritu. Tú eres como la parte pura de la tierra; yo debiera ser su inteligencia."

Con esos valores o sin ellos, *Cumboto* es un libro que muestra evidentes progresos de toda índole dentro de la novelística continental. Esos progresos le dan un lugar prominente entre las novelas hispanoamericanas de los últimos años.

Si de *Cumboto* pasamos a *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, el paisaje literario cambia casi por completo, encontrándonos frente a una obra que ha exigido mucho más esfuerzo que la anterior y que presenta también valores importantes, tan importantes como los que expone *Cumboto*, pues si ésta como obra de creación literaria tiene los que hemos estudiado y otros que no hemos hecho más que indicar y soslayar, aquélla, *Guzmán*, presenta los que cualquier escritor, sea novelista, ensayista o historiador, no puede menos que elogiar y admirar.

*Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, es una obra que exigió diez años de trabajo, desde 1939 hasta 1949. Leyéndola, se da uno cuenta de que quizás una década sean pocos años para una obra de este carácter, no tanto porque sea imposible materialmente escribirla en ese período cuanto porque el escritor hispanoamericano no dispone siempre de todo su tiempo para escribir. Si Thomas Mann hubiese nacido en cualquier país hispanoamericano y hubiese sido, como cualquiera de los escritores de esos países, hijo del pueblo o de la baja clase media, jamás habría podido terminar *La Montaña mágica*, que le llevó, en Europa, once años de trabajo, o habría tenido que trabajar el doble o el triple, veintidós o treinta y tres años. Y esto es mucho peor tratándose de una obra que no sólo es literaria, sino también histórica, y que exige lecturas, anotaciones, confrontaciones, todo dispersos y todo desemejante, documentos escritos a veces a mano o publicados en periódicos o revistas que deben consultarse en diversas partes.

Además, ¿es suficiente que un personaje sea connacional nuestro para que sea interesante, para que valga la pena dedicarle unas páginas, seiscientas, como en este caso? Pues no se trata de escribir unas paginitas y descansar después; se trata de llenar todas las necesarias y la única manera de que ese personaje resulte atrayente es trazarlo y presentarlo como debe trazarse y presentarse un personaje, bien acuñado y fundamentado, con todo lo suyo, lo bueno y lo malo, lo claro y lo oscuro, lo noble y lo ruin, sobre todo tratándose de un individuo trascendente históricamente, un político en este caso, en el cual no falta nada de todo aquello y donde a veces sobra de todo, especialmente de lo malo. Por otra parte, al lado de ese hombre vivieron y actuaron otros, contemporáneos, que también tienen algo que ver en este asunto o en el otro y sobre los cuales es preciso también informarse, describirlos y narrar lo que sea pertinente, decir lo necesario y todo ello de modo que nada se pierda y todo tenga realce y valor. Porque si, como en el caso de los Guzmán, no se hacen las cosas como deben hacerse, con vigor, con delicadeza, con mucha paciencia además, el personaje y el libro se vendrán abajo y lo que pudo ser interesante resultará anodino, lo pintoresco concluirá en confuso y lo real resultará falso o al revés.

Pero no sólo se trata, en el caso de los Guzmán, padre e hijo, de la vida de dos

hombres o de varios hombres; se trata de la vida de un país durante cerca de un siglo; de un país, además, que estaba en formación, en creación, como en el caso de Venezuela, y se trata también de otros países, de Colombia, por ejemplo, que por ese tiempo estaba unido a Venezuela con el nombre de Nueva Granada. Todo esto constituye un material enorme, que es preciso pasar primero a través de un ajustado tamiz, desechando lo inútil o anodino, lo convencional y lo efectivo y reservando sólo lo que es legítimo. ¿Serán suficientes diez años? Al parecer, lo son, pero diez años que el trabajo convierte casi en veinte en un país latinoamericano en que el escritor, aún el mejor, debe, mientras trabaja sus obras, ganarse el pan en algún trabajo administrativo, industrial, periodístico o de cualquiera otra absurda índole.

*Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, es entregado en 1949 y sale a la luz pública en 1950. Si en *Cumboto* elogiamos la parquedad de la prosa de este escritor, en *Guzmán* debemos redoblar ese elogio, ya que la prosa tiene aquí una sobriedad envidiable y ejemplar. Es cierto que Ramón Díaz Sánchez recurre aquí con frecuencia a las metáforas, sin que esto quiera decir que las prodigue demasiado, pero las ideas son expuestas descarnadamente, y los juicios sobre los hombres y los acontecimientos, sobre el pueblo y sobre las consecuencias de los actos de unos o las iniciativas de los otros demuestran que este hombre no sólo tiene una severidad estilística sino también, lo que es muy valioso, una carencia absoluta de prejuicios políticos y que ningún falso patriotismo le impide decir lo que piensa respecto a todo lo que sucede en las seiscientas páginas de este libro y en los ochenta años que generosamente abarcan esas páginas.

En una especie de nota preliminar, Ramón Díaz Sánchez dice: "... Entonces sólo poseía un conocimiento superficial del "Viejo Guzinán" y de los hechos en que intervino, razón por la cual compartía ciertas opiniones consagradas por el convencionalismo político que rodea nuestra historia. Desde aquel momento hice el propósito de estudiar la figura del discutido político, y a medida que me internaba en esta pesquisa comprendía mejor ciertos hechos fundamentales de nuestro proceso histórico."

Más adelante, en el capítulo titulado *El tercer color de la bandera*, dice: "Los dos Guzmán, rectificándose y detestándose

a veces, complementándose siempre, constituyen una sugestiva elipse histórica. Son dos focos de una misma ambición, la del poder. Ellos sirven para determinar lo que debe y lo que no debe ser la Venezuela del porvenir."

El resultado de estos estudios e investigaciones, el resultado de este despejamiento de los convencionalismos de toda índole con que está encubierta la historia de Venezuela, no puede ser más desolador, no sólo en cuanto a Venezuela misma sino también en cuanto a los demás países latinoamericanos, pues el libro de Ramón Díaz Sánchez, tal vez sin que él lo haya querido así, resulta un espejo que puede servir para todos los países que en el siglo pasado se independizaron de España o que sólo lo hicieron en los principios de este siglo. Hubo, como ya se ha dicho en muchas partes, una revolución de la Independencia, pero esta revolución no trajo cambios sociales de ninguna especie: una clase social, la clase dueña de la tierra, heredó en algunos países el poder, en tanto que en otros fué heredado por la alta clase media o por alguna casta militar o por individuos semi-militares, caudillos civiles que se transformaron de la noche a la mañana en militares, clases y castas que gobernaron por muchos años, en algunas partes hasta hoy y quizás hasta cuándo, por medio de hombres sin más virtudes que la ambición de poder y con todos los defectos inherentes al cinismo y al oportunismo, acompañados en sus cruzadas por multitudes dignas de los caudillos, analfabetas, resentidas, vengativas o destructoras. El caso de la guerra civil que estalló en Venezuela en 1859 es digno de ser comentado.

Una convención reunida en la ciudad de Valencia aprobó una constitución en la que no se consagraba la Federación. ¿Qué era la Federación? No era nada, pero sirvió a un grupo político desplazado del poder para organizar una revolución, es decir, la palabra federación no fué más que una bandera, pero una bandera que no representaba nada más que el deseo de apoderarse del poder. Después de cinco años de una espantosa guerra civil, durante la cual se cometieron los crímenes más inimaginables, uno de los caudillos federalistas, Antonio Leocadio Guzmán, principal personaje del libro que estamos comentando, tuvo el cinismo de declarar: "No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuan-

do no sabe ni lo que esa palabra significa; esa idea salió de mí y de otros, que nos dijimos: Supuesto que toda revolución necesita una bandera, ya que la convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea, porque si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo."

El pueblo, sin embargo, que ni siquiera sabía pronunciar esa palabra, pues decía "Feberación", con b en vez de d, acompañó a aquellos caudillos y dió a esa palabra, que no tenía contenido alguno, que era sólo un reclamo, un engañoso, el significado que los pueblos dan siempre a las palabras vacías que los políticos le presentan para atraerlo: un significado de justicia, de igualdad, de libertad, de dignidad. Todavía está esperando, el pueblo de Venezuela, como todos los pueblos de hispanoamérica y de casi todo el mundo, esa justicia, esa igualdad, esa libertad y esa dignidad. Los caudillos federalistas ganaron la guerra civil, pero la ganaron para ellos, no para el pueblo.

Así se ha hecho la mayor parte de la historia de nuestros países: a fuerza de engañar a los pueblos con palabras vacías y con programas tan vacíos como esas palabras.

Severidad consigo mismo, no permitiéndose concesiones de ninguna índole al juzgar los hechos y los hombres; severidad para con los hombres y los hechos, impidiendo que los convencionalismos continúen desfigurando el doloroso rostro de la historia de los países de este continente; ese es el mejor y el mayor valor de este libro desde el punto de vista histórico; y también severidad en las herramientas y elementos que Ramón Díaz Sánchez utiliza para narrar esos largos años de la vida de su país: una prosa que es, como su juicio, severa, reposada y al mismo tiempo enérgica.

Leyendo sus libros he vuelto a evocar su figura tal como se me apareció en la lejana Caracas: un hombre de regular estatura, moreno, corpulento y de aire reposado, un hombre de apariencia modesta y bondadosa, un hombre que no dijo nada de sus libros ni de sus éxitos, que no se quejó de nada ni de nadie y que al responder una pregunta mía sonrió y dijo: "Las cosas han sido siempre así..."

Y él lo sabía porque lo había estudiado, no porque se lo hubieran dicho.